



Hay que reconocer que la consigna de Jesús de amar al enemigo y de hacer el bien a los que nos aborrecen resulta difícil; y para los que no viven en serio la fe, incomprensible. ¡Vaya si es difícil perdonar y amar a quien por fanatismo político te ha privado de lo más querido: el esposo o un hijo! ¡Vaya si es difícil perdonar y amar al que ha deshecho tu vida porque con un explosivo te ha privado de las piernas! ¡Vaya si es difícil perdonar a quien te ha destrozado la vida robándote a traición el marido o la esposa, o el puesto de trabajo, o una herencia que te pertenecía legítimamente!

Es difícil amar al que te odia, al que te hace la vida imposible, al que no te deja vivir en paz, al que ha manchado tu imagen. Resulta muy difícil tender la mano a quien te puso la zancadilla, como es difícil amar y ayudar al que te cae antipático, al interesado y egoísta. Sin embargo, el amor hacia ellos y la actitud de ayuda es incuestionable para los discípulos de Jesús. No se trata de una consigna opcional o exclusiva para héroes, sino de una señal distintiva del cristiano.

Como afirman los teólogos y pensadores cristianos, nuestra señal identificadora, más que el amor mutuo entre nosotros, es el amor a los enemigos. Por eso Jesús dice: "Si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tenéis? Eso lo hacen también los pecadores, los que viven en la dinámica del egoísmo". En cambio, los primeros cristianos se distinguían por la vivencia de los dos aspectos esenciales del amor evangélico: el amor fraterno de comunión y el amor de perdón a los enemigos. Recordemos el ejemplo de Esteban que muere mártir orando por los que le quitan la vida a pedradas. La fraternidad y el amor a los enemigos, conjuntamente, eran los que dejaban atónitos a judíos y paganos..

Naturalmente, Jesús no nos exige que sintamos ante quien nos ha robado la billetera o nos ha clavado la navaja lo mismo que ante quien nos ha hecho un regalo y cuida de nosotros. No nos pide la ternura y los sentimientos de alegría que sentimos en presencia de quien sabemos que nos ama. Sólo nos pide aceptación, perdón, comprensión y compasión. Sí, compasión porque muchas veces se trata de verdaderos enfermos psíquicos, que temperamentalmente o educacionalmente son unos tarados infelices; por eso precisamente no dejan ser felices a los demás.

La Palabra del Señor nos urge a preguntarnos: ¿Tengo algún resentimiento que no acabo de vencer? ¿Tengo enemistades que no acabo de superar? ¿Cómo intento liberarme de estas esclavitudes? ¿Qué hago por la reconciliación?

Me imagino que más que odios dramáticos, lo que puede darse con más facilidad en nuestra vida es una agresividad inconsciente hacia personas con las que no congeniamos o de las que creemos que son injustas, interesadas y egoístas con nosotros, y a las que no terminamos de acoger y con las que no vivimos íntimamente reconciliados a pesar de nuestras relaciones más o menos corteses. San Juan de la Cruz tenía esta sabia consigna: "Donde no hay amor, siembra amor y cosecharás amor".

(Juan Jáuregui)